



UN ÚLTIMO MES DE ABRIL

SAFO DE LESBOS

Recuerdo con cariño aquellos días en los que creía que podía detener el tiempo cuando lo necesitara.

En ese entonces, mi abuelo era para mí un ser inmortal, capaz de enfrentar cualquier circunstancia, incluso la bravura del toro. Lo observaba cada día, rodeado de sus vacas, sintiéndose como en casa, siendo uno más de la familia. Parecía desconocer el significado del miedo, pero lo que yo no sabía era que su alma poseía una pureza que lo eximía de ese sentimiento; él no tenía que asumir consecuencias, pues nunca actuaba con malas intenciones. ¿Por qué iba a temer a un ser vivo, a un igual?

Era mi héroe. Siempre lo ha sido. Un hombre sencillo, bueno, trabajador, que procuraba no complicarse la vida por nimiedades. Un hombre dedicado a sus animales. Hasta el final.

El primer recuerdo que tengo de San Marcos es ir agarrada a la camisa de mi abuelo, mientras pasábamos de barrera en barrera para encontrar un sitio seguro y con buenas vistas. En el rostro se le dibujaba una sonrisa cada vez que pisaba el albero, sentía la madera contra su piel y, en medio de toda esa multitud, atisbaba la punta afilada de la asta. Aquella bestia tan grande y tan majestuosa se detuvo a unos pasos y olisqueó el ambiente. Un momento después, estaba manteniéndole la mirada a mi abuelo y, lejos de titubear, él acercó su mano enorme y callosa y le acarició la testuz, mientras decía algo que yo no pude comprender. Sentí que estaba presenciando una situación extraordinaria, mágica, una conexión que solo podía producirse entre ese hombre con gorra y la res. Fue apenas un instante, en realidad, apenas un detalle en el que pocos cayeron; sin embargo, aquel suceso se quedó grabado a fuego en mi mente.

Recuerdo llevar una pañoleta roja y una boina a juego con la de mi abuelo, aunque a mí me quedaba un poco grande, me hacía ilusión que fuéramos así. Esos días se respiraba en el ambiente un aire de familia y amistad, parecía que el mundo se había parado para darle la bienvenida a San Marcos y a sus fieles; todas las personas que veía sonreían, gritaban de emoción, corrían, saltaban, recordaban a sus seres queridos; todos parecían felices, todo parecía eterno e inquebrantable. Y a mí

me contagió aquel espíritu, aquella sensación que solo puede tener sentido cuando se vive en primera persona. La mayoría de los niños se encontraban en el parque, correteando, jugando en los columpios, los toboganes y pidiendo a sus madres que los cogieran para ver mejor las vacas, los toros y a algunos de sus conocidos que iban agarrados a las sogas. Tras los bidones se agrupaban integrantes de las peñas, comiendo frutos secos, bebiendo, disfrutando del momento, sin preocupaciones cargando a sus espaldas. Por la noche, cuando las reses ya estaban encerradas, la gente salía a bailar y pasarlo bien, visitando a sus conocidos, paseando por los puestos de la feria o disfrutando de la charanga, que hacía que cualquiera, hasta el más tímido, se pusiera a bailar.

El primer día del festejo, 22 de abril, tenía como guinda del pastel el pregón, que era lo más emotivo para los sanmarqueros auténticos, esos que profesaban un amor y una pasión infinita a la tradición del pueblo. Yo siempre escuchaba atenta a lo que la persona que estuviera ese año sobre el escenario tuviera que decir; sus recuerdos de San Marcos anteriores, reflexiones, remembranzas, aprendizajes, etcétera. Sin embargo, lo que más disfrutaba eran los fuegos artificiales. La plaza estaba a rebosar, los músicos se preparaban para el momento idóneo, los niños se agarraban a sus seres queridos y brincaban, entusiasmados por el comienzo del espectáculo. De nuevo, se respiraba un aroma de camaradería, emoción y felicidad. El corazón me latía a cien por hora, no podía dejar de mirar al cielo pintado de diferentes colores y formas, sentía el silbido y la consecuente explosión de la pirotecnia. Un momento de silencio precedía al momento álgido; el inicio de “Las dianas de San Marcos”, el sonido rítmico de los cascabeles, las voces entonando, los cuerpos moviéndose como uno solo, la charanga; todos por la misma causa. Aquello se arraigó hondo en mí y ahora, con cada pensamiento al respecto, mi vello no puede evitar erizarse.

El día 23, podían verse a los más pequeños –y no tan pequeños– ansiosos por la salida de las becerras y eralas. Me gustaba pasear, mirar a los lados por si había peligro de camino a la barrera, comer chucherías, las típicas galletas que había horneado mi abuela unos días antes para la ocasión, saludar a mis padres desde el parque infantil, con las manos manchadas de azúcar y el cuerpo rebosante de ilusión. En el momento que se anunciaba el fin, me llevaban a las colchonetas, la

tómbola, los coches locos y demás atracciones luminosas y divertidas. El ambiente, como siempre, rezumaba alegría, color y música.

En la jornada del 24, yo prefería irme con mis abuelos a las gradas, ya que se llevaría a cabo el desencajonamiento de toros y vacas ensogados. La Plaza de San Marcos se veía como en ningún otro momento del año, los más valientes esperaban cerca del camión, en las barreras y los balcones de alrededor no había ni un alfiler y, en el minuto de silencio para homenajear a los fallecidos, volvía a sentir esa emoción inexplicable que parecía unir al pueblo entero por el mismo fin. El primer animal que vi era negro como el carbón y tenía unos cuernos curvados, apuntando al cielo. Le siguieron aplausos, silbidos, comentarios sobre sus aptitudes. Al final, me di cuenta de que estaba ansiosa por ver el siguiente, por saber qué aspecto tendría y qué camino tomaría, si las personas que se aferraban a la soga aguantarían la velocidad y el tesón. Esa misma noche, cada año, mi abuelo reunía a la familia para invitarnos a comer churros con chocolate. Él, siendo un hombre de costumbres, pedía demasiadas tazas de chocolate y demasiados churros, así que terminábamos empachándonos, riendo, bebiendo agua y llevándonos las sobras a casa para el desayuno del día siguiente. Este hecho acabó siendo parte de mi tradición también, lo cual me parece bastante tierno ahora que ya nunca más volveremos a hallarnos bajo aquella carpa verde y blanca, con mi abuelo presidiendo la mesa y soltando chistes a diestro y siniestro.

La Diana abría, al alba, el señalado 25 de abril, con un acto de engalanado a las reses, luciendo así los aparejos y frontiles confeccionados por habilidosas mujeres del pueblo que pretendían arraigar esta tradición tan bella de crear adornos con diversos colores, espejos, lentejuelas y demás detalles para enaltecer la figura del toro. Tras ese ritual, volvían a pasear por las calles, alertando de su presencia a todo viandante despistado. El tintineo de los cascabeles era una alarma y, a su vez, música para los oídos; un sonido específico que cualquiera relacionaría, tiempo después, con nuestra fiesta.

Por desgracia, como suele pasar, todo lo bueno es breve. Disfrutamos nuestra señalada fecha con ahínco, con el corazón palpitando en el puño y una sonrisa inmarcesible, como las flores de

primavera; pero, al acercarse el momento de encerrar a los astados para llevárselos, se forma un sentimiento de vacío y desasosiego. Así fue cómo asimilé que el tiempo no puede controlarse, es él quien nos controla a nosotros, como el incesante curso del río.

Lo que siguió fue aún más triste; la gente se ocupaba de limpiar sus peñas, vaciar los bidones, retirar las barreras, limpiar las calles, reordenar sus vidas y seguir hacia delante, sabiendo que al año siguiente volvería a encontrarse con San Marcos, contando los días, buscando en la memoria, mirando fotografías y vídeos, escuchando la música que abril nos regala.

Con la estrepitosa llegada del COVID-19, nadie creía que este mal bicho fuera a despojarnos de nuestra tradición. ¿Cómo iba a ser eso posible? ¡San Marcos es sagrado! Pues sí, lo hizo; el maldito nos obligó a prescindir de toda esa amalgama de sentimientos y sensaciones tan idílico, esa utopía que es vivir el festejo, eso que, como dije antes, un poco más arriba, no puede una explicar a la perfección; solo se puede sentir. Tuvimos que quedarnos en casa, con el único consuelo de leer los libros de años anteriores, buscar vídeos, expresar nuestra desazón de la mejor manera posible, para desahogarnos y para apoyarnos en nuestra gente, valernos de esos vecinos que animaban el pueblo con sus interpretaciones de “Las dianas de San Marcos”, los que las hacían sonar en sus equipos cuando estos terminaban exhaustos, los que agitaban sus collares, saltaban y gritaban bien alto: “¡¡VIVA SAN MARCOS!!”, y los que, al momento, respondían, rompiéndose la voz: “¡¡VIVA!!”

Por fin, tras años de lucha, habíamos conseguido que la ley permitiera a los ganaderos y aficionados del pueblo ver a sus animales, que con tanto cariño y determinación habían estado criando a lo largo del tiempo, correr por el albero. Qué orgullo, qué satisfacción habrían sentido en sus corazones, si no hubiera intervenido una pandemia mundial, dejándonos, sobre todo a los más mayores, con las ganas de revivir momentos de antaño.

Mi abuelo me contaba, con los ojos llenos de brillo, los inicios de San Marcos, lo que su padre y su abuelo le habían contado, lo que él había vivido. Intentaba hacerlo detallado, para que yo entendiera en qué consistía realmente la fiesta, de dónde venía, los cambios que habían sucedido y

los que él prefería, por ejemplo, que dieran de nuevo la oportunidad de “bajar” las bestias de los cortijos para los días señalados y, después, estas regresaran con su vaquero, hasta el año siguiente. No sé qué fue, pero sus palabras hicieron mella en mi interior. Quizá era porque las había pronunciado desde el alma, con pureza y honestidad. Quizá era porque adoraba escucharlo, dijera lo que dijese. No lo sé. Pero lo que sí sé es que yo también me emocioné al saber que su sueño se iba a hacer realidad. Y que, al verse truncado, también sentí impotencia y tristeza. Pues este sueño no era solo suyo, sino de los verdaderos amantes de los toros y de San Marcos, así que, sin darme cuenta, fui parte de algo muy grande, algo que se escapaba de la lógica y la razón. Fui consciente de que San Marcos no era simplemente sacar toros ensogados a las calles, no era solo fiesta y ruido por las noches, ni personas de todos lugares visitando nuestro pueblo; San Marcos se componía de la historia, los recuerdos de cada uno, esos que se quedaron hincados como una espina en el corazón, todo un pueblo entero unido por una misma pasión, cada cual experimentándola a su manera. La verdadera tradición no era más que esos sentimientos inexplicables, esas risas apoyados en los bidones, esas galletas o roscos que hacían las abuelas, esos nervios inevitables por la cercanía de la fecha, los preparativos, las ganas de vivir, de gritar que se vive y de disfrutarlo juntos.

El amor que mi abuelo sentía hacía los animales era inconmensurable, iba más allá de cualquier imaginación; había que admirarlo con tus propios ojos, aunque a veces ni siquiera con eso bastaba para poder entenderlo. Yo era tan pequeñita a su lado, tan diminuta e inocente, apenas llegaba al hocico de su vaca lechera, apenas podía acercarme a ese gigante blanco y negro, mientras él se sentaba en una caja de botellines de cerveza puesta al revés, le susurraba palabras sosegadoras y comenzaba a acariciarle las ubres. Jamás olvidaré el sonido de la leche cayendo en el cubo, tampoco los gestos de mi abuelo, su gorra de Agropaz, la camisa de cuadros abierta a la mitad y su chaqueta azul. Jamás olvidaré las veces que estuve ayudando a mi abuela a sobrehilar los pantalones que usaba para trabajar, cosiendo algún que otro botón suelto, con la telenovela de fondo. Jamás olvidaré el ruido de la cántara, las cortinas, la llave dando la vuelta en la cerradura y ese “Hombre, Paula”, siempre tan peculiar, tan campechano.

Mi abuelo se marchó sin presenciar semejante hecho en la historia de San Marcos y del propio pueblo de Beas de Segura. Se fue sin despedirse de sus vacas, sin ordeñar una última vez con sus propias manos, sus pantalones sobrehilados, su camisa abierta, su chaqueta azul y su gorra desgastada de Agropaz. No se le ofreció una tregua, una pausa en el reloj de arena para deslizarse entre las barreras, respirar profundamente y disfrutar, simplemente, de lo que más le gustaba una última vez. Le hubiera dado todas las horas, los minutos y los segundos de mi propio tiempo si eso hubiera sido posible. Habría peleado con uñas y dientes por que se congelara el mundo entero, por que le dieran una oportunidad, solo una, de cerrar sus cuentas pendientes. Una última noche de 24 de abril comiendo churros con chocolate y riendo a carcajadas.